

HISTORIA GENERAL
DE FRANCIA

POB

D. VICENTE ORTIZ DE LA PUEBLA.

Entregas 258 y 259.

BARCELONA:

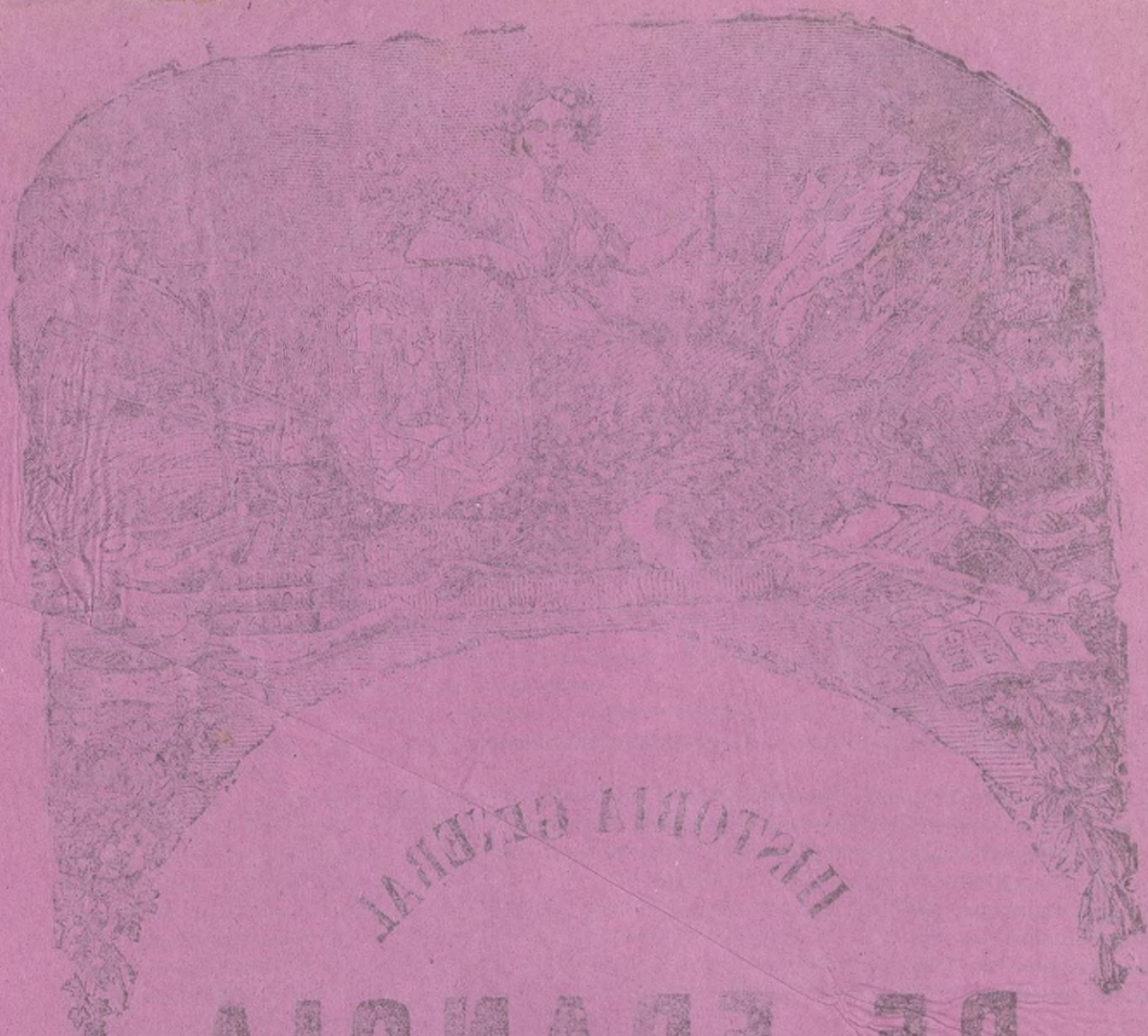
IMPRENTA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

CALLE DE ROBADOR NÚM. 24 Y 26.

1875.

Véase el anuncio del dorso.

L47
1777



HISTORIA GENERAL

DE FRANCIA

por

D. VICENTE ORTIZ DE LA PARRA

Enfrenta 2.ª y 2.ª

BARCELONA:

IMPRESA Y LIBRERIA HERMANOS Y CENICIENTA DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA

CALLE DE ROTADOR N.º 24 Y 25

1878

Véase el anuncio del donso.

de diputados y de ordenanzas provisionales; y en medio de tanta ansiedad empezaron los trabajos de las cámaras. Imposible era prever la acogida que recibiría en la cámara de diputados la presentación de un proyecto nuevo de ley electoral, la que podía además estar concebida en virtud de los diferentes sistemas: los realistas, los doctrinarios y los ministeriales habían cada uno elaborado el suyo mas ó

incitó á pedir, de acuerdo con los realistas de todos los matices, que fuese anulada la elección del regicida Gregorio, y en efecto, ni un solo miembro de la izquierda hubo que se atreviese á alzar la voz en favor de la admisión.

Hallábase hondamente agitada la opinión pública con las noticias extranjeras: el asesinato de Kotzebue, muerto en Manheim por



BOMBARDEO DEL CASTILLO DE SANTI PETRI, CUYA TOMA OCASIONÓ LA RENDICION DE CÁDIZ (1823).

menos hostil á la Carta, mas ó menos restrictivo de la libertad. El ministerio entre tanta nada decia, manteniéndose en la defensiva del silencio, si bien no se ignoraba que sus delegados Guizot, Baraunte y Villemain preparaban un proyecto de ley. Abrióse la legislatura, y conoció Decazes que la izquierda de la cámara de diputados no habia tomado todavía resolución alguna, ni le amenazaba con una oposicion compacta é indisoluble. Esto le

el estudiante Sand, y otros hechos del mismo género habian evidenciado el fanatismo de las sociedades secretas de Alemania; las ciudades fabriles de Inglaterra presenciaban motines é incendios, que parecian precursores de mas graves acontecimientos; el liberalismo español, que seguia desde seis años luchando con el gobierno indeciso y mas que liberal reaccionario de Fernando VII, habia estallado por fin el 1.º de enero de 1820: el coronel Quiroga

y el comandante Riego se habian puesto al frente de un pronunciamiento liberal de las tropas que, encerrado primero en la isla de Leon, habia de propagarse rápidamente por toda la Península á los gritos de *¡Viva la Constitucion!* obligando así al monarca español á decidirse por un gobierno menos equilibrado y reaccionario. Los liberales franceses saludaban como hermanos á los levantados contra Fernando VII, á la vez que celebraban el nombre de Bolívar, porque convertia las colonias españolas de la América meridional en otras tantas repúblicas independientes.

13. — No era posible, pues, que en medio de aquella efervescencia de las circunstancias osara el gobierno francés descargar golpe alguno contra los liberales, y en esa vacilacion se habria pasado sin duda algun tiempo, cuando un suceso imprevisto alarmó sobremedida la opinion pública. El duque de Berry asistió la noche del 13 de febrero á una representacion del teatro de la Ópera, y á las once, poco antes de terminar la funcion, acompañó á la duquesa su esposa hasta su carroza; luego de haber la duquesa subido á esta, se precipita un hombre por entre los señores que rodeaban al de Berry, y antes de que nadie pudiese evitarlo le descargó una mortal puñalada en el pecho. Á pesar de hallarse entre los regocijos del carnaval que la política no habia logrado entristecer, aquella fatal noticia cundió por todo París con la celeridad del relámpago. El Rey y la familia real no tardaron en hallarse junto al lecho del moribundo príncipe, quien recibió los sacramentos de la Iglesia con tierna compuncion, y no cesó de implorar perdon por su asesino. «Habré sin duda ofendido á ese hombre, decia; ¡perdon, perdon para él!» Semejante asesinato sembró el horror y la consternacion en todos los ángulos de la capital, y todos los partidos se mostraron unánimes en compadecer á la víctima y maldecir al asesino, que se hallaba en poder de la justicia, confesaba su crimen y se envanecía de no tener ningun cómplice: era un mancebo guarnicionero, llamado Louvel, que habia alimen-

tado un odio implacable contra los Borbones.

Al siguiente dia del crimen se abrió la sesion de la primera cámara de diputados entre el silencio y la desolacion; en voz baja se hablaba en todos los bancos sobre las circunstancias de la muerte del príncipe, cuando Clausel de Coussergues se lanzó á la tribuna y exclamó como imbuido de furioso encono: «¡Propongo á la cámara que fulmine un acto de acusacion contra el ministro Decazes como cómplice del asesinato de monseñor el duque de Berry!» Sorprendida é indignada la cámara, llamó al acusador al órden; pero en la siguiente sesion Clausel de Coussergues persistió en su acusacion, si bien consintió en modificarla calificando únicamente á Decazes de reo de traicion. Los realistas exaltados apoyaron la proposicion, y aunque se alzaron muchas voces en pro del ministro, no impidieron que el golpe fuese dado. Acusado de complicidad con Louvel, por mas que no se fundase la acusacion en razon alguna y que Luis XVIII no sospechase de él en lo mas mínimo, la familia real, y sobre todo el conde de Artois, se hallaba autorizado para exigir la deposicion del ministro en quien habian recaído tan infames suposiciones.

Decazes presentó su dimision al Rey, quien le dispensó un público testimonio de su confianza, encargándole la designacion de su sucesor: el ministro desgraciado indicó al que era considerado como instigador principal de su caida, al duque de Richelieu, que aceptó el titulo de presidente del ministerio sin cartera, y conservó en su puesto á todos los ministros, concediendo al conde Simeon la cartera del interior. No imitó el nuevo presidente la generosa conducta de su antagonista, pues exigió que Decazes saliera de Francia sin pérdida de momento, y Luis XVIII, obligado á ceder ante las exigencias del partido dominante, separóse de su favorito colmándole de distinciones y honores: no contento con haberle nombrado conde y par de Francia, le confirió la dignidad de duque, dióle ochocientos mil francos para pagar sus deudas, y le nombró embajador en Londres.

14. — «No era por cierto halagüeña, dice Lacroix, la herencia ministerial de Decazes; la oposicion liberal tomó de improviso en ambas cámaras un carácter tal de firmeza, que jamás se habia notado desde la restauracion borbónica; las leyes escepcionales que presentara el ministro anterior poco antes de su caida, fueron recibidas con unánimes clamores de reprobacion; la prensa periodística dió un grito de alarma que resonó hasta el fondo de los corazones, y muchas y animosas voces protestaron en ambas cámaras contra el restablecimiento de la arbitrariedad,» puesto que la abolicion ó modificacion de la ley electoral quitaba á la nacion su verdadera representacion en la cámara de diputados consignada por la Carta. Todo era pretexto para manifestar la oposicion al Gobierno y el pueblo francés tenia la vista fija en aquellos países donde se efectuaba la lucha entre el antiguo sistema y la revolucion política y social. España bajaba del pedestal de su gloria, y los que envidiaran la grandeza de nuestra nacion se alegraban de los triunfos que en la América del Sud alcanzaban los países sublevados contra su madre patria. Por estas y otras razones se celebraba el triunfo de la democracia, y aplaudidos por doquiera fueron Riego, Quiroga y Mina, porque obligaban á Fernando VII á jurar una constitucion liberal, en tanto que las mas ricas colonias de España paseaban el pendon triunfante de la independencia.

Comenzó entonces el proceso de Louvel en la cámara de los pares, á la vez que en la cámara de diputados se discutia la nueva ley electoral. Mas poco cautivaron la atencion estos dos sucesos, porque si la agitacion aparente era formidable, no lo era menos la interior y oculta; las sociedades secretas lo invadian todo; habian penetrado en los cuarteles, en los talleres, en las escuelas, en los mas pequeños villorrios, y esta profunda agitacion estuvo á punto de provocar la guerra civil, cuando se supo que el ministerio se proponia modificar la ley electoral de 5 de febrero de 1817. ¿Cómo podian, pues, interesar las

discusiones parlamentarias? Villele presentó un sistema de elecciones, conforme el cual se instituian dos clases de comicios, unos de departamento, y de distrito los otros: los primeros habian de componerse de electores que pagasen á lo menos mil francos de contribucion, y los segundos de aquellos que pagasen trescientos francos, la mitad de ellos cuando menos de contribucion territorial. Los liberales consideraban ese proyecto, que daba la representacion nacional á los grandes propietarios, como una calamidad si se elevaba á ley, y los partidos trabaron la lucha de la tribuna en las últimas sesiones del mes de mayo, lucha que se empeñó casi con fuerzas iguales por una y otra parte. Camilo Jordan intentó conciliarlo todo, presentando una enmienda que dividia los departamentos en tantos distritos electorales cuantos fuesen los diputados que debiesen ser elegidos, confiando á cada comicio el nombramiento de su diputado respectivo. El ministerio rechazó esta enmienda oponiendo otra totalmente distinta. Procedióse á la votacion y reunieron ambas partes igual número de votos, ciento veinte y siete. De improviso introducen en la sala un diputado que yacia en cama desde muchos dias atacado de gota: era el marqués de Chauvelin, que á pesar de su dolencia iba á votar en pro de la enmienda de Jordan. «El entusiasmo de las tribunas del público no conoció límites, y propagóse á la muchedumbre que rodeaba el palacio de los diputados, esperando con ansiedad el resultado de los debates. Los estudiantes de derecho y medicina, reunidos en las puertas de la cámara, llevaron en triunfo á Chauvelin hasta su morada, y las calles de París vieron celebrar la derrota del ministerio con tumultuosas manifestaciones. Al dia siguiente 2 de junio formáronse otros grupos mas numerosos y exaltados que el dia anterior, como si pretendieran seguir todas las peripecias de la deliberacion que proseguia viva y encarnizada como nunca. Los realistas mezclados con el gentío, llegaron por fin á las manos con los contrarios de la ley que se pretendia instituir, y de ello re-



1643 210092

EXPOSICION DEL CADAVER DE LUIS XVIII EN LAS TULLERIAS (18 DE SETIEMBRE DE 1824).

sultó una lucha á palos en la que recibió varias contusiones Camilo Jordan y otros varios diputados que salian de la cámara.»

En tanto que tan graves escándalos suce-

civiles, políticas y sociales, la suerte de la monarquía solo pendia de un hilo, comprometida por la torpeza de sus obcecados defensores: los miembros de las sociedades secretas



CÁRLOS X, REY DE FRANCIA.

dian en Francia, escándalos promovidos y causados por los realistas exagerados como si quisieran dar un mentís á la nacion que pretende ser el modelo en todas las cuestiones

tenian órden de no salir á la calle sin ir armados con pistolas, bastones de estoque, y aguardar la señal de la junta directora para apelar á la fuerza. No ignoraba el Gobierno

la gravedad de las circunstancias; publicóse un bando prohibiendo los grupos; pero las cercanías de la cámara de diputados y otros puntos centrales eran continuos teatros de provocaciones y amenazas que se expresaban por alternativos gritos de *¡ Viva el rey! ¡ viva la constitucion!* Las tropas eran atacadas á pedradas, y mas de una vez sucumbieron heridas ó muertas varias personas alcanzadas por las cargas de caballería que á cada momento barrian los bulevares. Todas las tardes se repetian semejantes escenas, lo cual revelaba la existencia de un plan; los soldados y los grupos tomaban posiciones, las tiendas se cerraban, proferíanse gritos sediciosos, rompíanse los faroles, tirábanse algunas piedras, y luego los coraceros y dragones acuchillaban hasta media noche, hora en que todos se retiraban para comenzar el dia siguiente á la misma hora. Pero no obstante la marcada y tenaz oposicion del pueblo, la ley fue adoptada tal como la presentara el gabinete, instituyéndose el doble voto en beneficio de los electores primeros ó de departamento, los cuales habian de ser admitidos á votar otra vez en los comicios de distritos. Estos habian de nombrar doscientos cincuenta y ocho diputados y ciento setenta y dos los de departamentos.

15. — Como desapercibido pasó el proceso de Louvel, pues todo el mundo se hallaba preocupado por la cuestion política; el dia 5 de junio se habia abierto el juicio ante la cámara de los pares, y el procurador general Bellart, intentó probar en su acusacion que el asesino tenia cómplices, y que el atentado era obra del partido revolucionario. ¿Quién era Louvel? fué lo único que á lo mas se habia preguntado la generalidad de los parisien-ses. Uno de aquellos hombres enérgicos que solo necesitan una conviccion y una pasion para cometer un crimen, y por sí solo se habia aferrado á la horrible resolucion de dar muerte al duque de Berry: desde 1814 como declaró tranquilamente, buscaba una coyuntura favorable para *matar á un Borbon*. Durante el proceso se habia mostrado tranquilo,

frio, altanero; no rogó ni hizo el menor esfuerzo para sustraerse á la suerte que cono-cia le esperaba; nada confesó, nada desmintió, y llegó á referir con espantosa sencillez las gradaciones morales por las que su alma pasara antes de perpetrar el asesinato. «Empecé por el duque de Berry, dijo, por ser este el medio mas seguro de extinguir la raza; despues del duque de Berry habria muerto al duque de Angulema, luego al conde de Artois, y luego al rey.» Cuando se le interrogaba sobre si tenia cómplices, contestaba: «Mi deseo era obrar de un modo seguro y por ende habia de obrar solo. Un hombre es siempre dueño de la vida de otro, cuando consiente en sacrificar la suya. Á nadie necesitaba.»

El abogado defensor de Louvel solo podia implorar la compasion de los jueces suponiéndole víctima de una enagenacion mental, despues de lo cual, el homicida leyó un discurso escrito en el cual hacia su profesion de fe política con la misma tranquilidad que si se hubiese tratado de una cuestion ajena, y como si nada le importase la sentencia que iba á dictársele. «No ha de verse en mí, decia, en aquel singular documento, sino á un francés deseoso de sacrificarse para destruir, segun mi sistema, á una parte de los hombres que empuñaron las armas contra la patria.» Su discurso terminaba con estas palabras: «Los Borbones son muy culpables, y la nacion quedaria deshonorada si se dejase gobernar por ellos.» Sentenciado á la pena de los par-ricidas, no perdió por un momento siquiera la impassibilidad que demostraba un carácter inquebrantable; el dia 7 de junio á las seis de la tarde subió las gradas del cadalso, y sin conmoverse al mirar la muchedumbre que llenaba la plaza de Greve, púsose sin vacilar en manos de los ejecutores. «Aprisa, les dijo: me esperan allá arriba.» De pronto se estremeció. «Parecíame haber oido un cañonazo,» exclamó con emocion; mas luego se calmó entregándose á la muerte sin que en sus facciones se notase la menor alteracion.

16.—El asesinato del duque de Berry, los motines y asonadas que se repitieron tantas

veces durante la discusion electoral, la actitud agresiva de la izquierda de la cámara de diputados, la efervescencia de las pasiones políticas exaltadas principalmente por la revolucion latente que se notaba en varias naciones, eran otros tantos augurios de los sucesos que estaban próximos á estallar en Europa. La Santa Alianza se habia puesto en frente de los principios revolucionarios que primero la Francia y luego los soberanos aliados contra ella habian fomentado para derribar á Napoleon. En España la revolucion habia seguido su curso en medio de constantes trastornos. Despues de jurar la constitucion del año 1812, Fernando VII parecia dispuesto á cumplirla con lealtad: suprimió la Inquisicion, expulsó á los jesuitas, suprimió buen número de conventos de frailes, y dió á las monjas la libertad de renunciar al claustro, de la cual se valieron muchas para volver al mundo; abolió parte de los privilegios de la nobleza; abrió á los desterrados las puertas de la patria; concedió una amnistía, y decretó la organizacion de la milicia nacional, en la que entraron muchos liberales y la mayor parte de la juventud de la clase media deseosa de gozar la era de libertad que parecia inaugurarse. Pero muchos de esos jóvenes quisieron ir mas allá de los límites que se trazara el partido liberal y formaron el revolucionario que creció rápidamente y comenzó á supeditar al que le habia dado origen. Agustín Argüelles, Toreno, Martínez de la Rosa y Calatrava, representaban al partido liberal constitucional, y en este sentido aconsejaban á Fernando. Riego acababa de ponerse al frente del partido revolucionario despues de haber sido disuelto su ejército expedicionario llamado el ejército libertador.

Siguieron el ejemplo de España, Nápoles y Sicilia apropiándose la constitucion española, y rebelándose al grito de ¡Viva el rey y la constitucion! Pero despues de un terrible bombardeo cayó Palermo y por tanto Sicilia en poder de sus anteriores dueños. Portugal fué tan afortunado como Nápoles, pues hizo la revolucion sin graves trastornos.

La noche del 24 de agosto de 1820, la guarnicion de Oporto seducida por su coronel Castro Sepúlveda, se dirigió á Lisboa clamando al rey y la constitucion; la capital del vecino reino envió tropas contra el coronel, pero fraternizaron al encontrarse con la guarnicion de Oporto; la regencia tomó la fuga, y la junta de gobierno formada despues, adoptó tambien la constitucion española antes de que el rey Juan VI regresase del Brasil, para reconocer y continuar aquella revolucion pacífica. Esos triunfos alentaron á los carbonarios y demás miembros de las sociedades secretas, cuyo número ascendia en Europa á mas de setecientos mil, y se propusieron continuar su obra, por lo que es de admirar que Francia, uno de los países en que la francmasonería, el carbonarismo y otras sociedades secretas tenian mas adeptos, hubiese permanecido tranquila hasta entonces.

«Efectivamente, dice Lacroix, las sociedades secretas se hallaban firmemente organizadas y afiliadas entre sí lo mismo en París que en los departamentos, habiendo invadido en especial los cuarteles y las universidades. Cada asociado despues de prestar juramento sobre su puñal, habia de estar pronto á obrar y armarse á la primera indicacion, y una junta directiva central, cuyos jefes supremos no eran siquiera conocidos por las juntas que les seguian en categoría, hacia mover á las juntas todas que se relacionaban y correspondian entre sí, y dependian, sin conocerse, las unas de las otras. Aquellas juntas llamadas *ventas*, se componian cada una de veinte miembros, de los cuales uno sin saberlo los demás, formaba parte de la junta superior. En cada distrito, en cada calle de París existian varias *ventas* mutuamente encadenadas, pero cuyo lazo misterioso burlaba las investigaciones todas de la policia. El gobierno, no obstante, supo la existencia de una conspiracion que debia estallar el 19 de agosto, y el vecindario al despertarse encontró cerradas las barreras de la capital, á las tropas sobre las armas, y rodeadas las Tullerías con grande aparato militar.» Poco definido

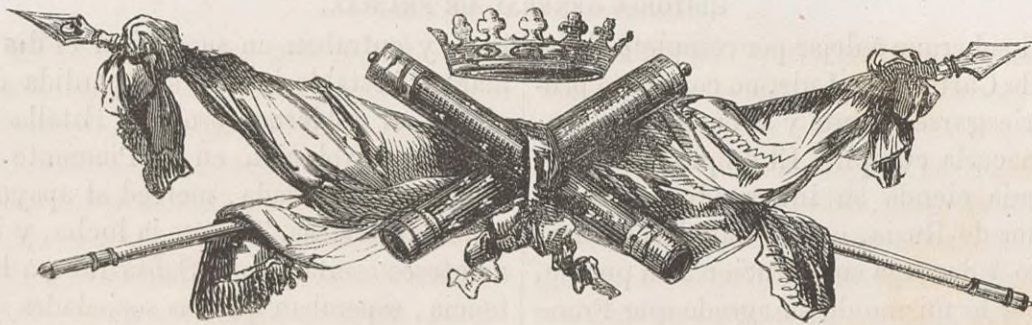
habia sido el objeto de aquella conspiracion, pues los partidarios de Napoleon II, de la república y del duque de Orleans que juntos conspiraban, habian resuelto alzarse á una al grito de *¡ Viva la libertad!* y aplazando la cuestion de la forma de gobierno para despues de haber tomado las Tullerías y preso á la familia real. Habiendo abortado aquella conspiracion fueron aprehendidos muchos militares, y la cámara de los pares que entendió en la causa dictó tres sentencias de muerte contra otros tantos ausentes, sentenció á muchos á distintos años de prision y absolvió al resto de los acusados.

17.—Mas no por haber fracasado, desistieron las sociedades secretas, y como si la lucha tenebrosa que hacian al gobierno les hubiese inspirado el empleo de medios infames y cobardes para perjudicar al partido dominante, se hicieron reos de otro crimen traidor, misterioso; hicieron estallar un gran petardo bajo la ventana del pabellon Marsan con el perverso intento de hacer abortar á la duquesa de Berry, y privar asi de sucesor legítimo á la rama primogénita de los Borbones. «Tan abominable proyecto, cuyos autores fueron sentenciados á muerte por el jurado, si bien se les conmutó la pena por veinte años de presidio, no tuvo influencia alguna funesta en el nacimiento del hijo póstumo del duque de Berry, el cual vino al mundo la noche del 29 de setiembre. La malevolencia y el espíritu de partido habian propalado los mas absurdos rumores acerca del embarazo de la duquesa, y por esto fué que asistieron al parto el general Suchet y varios guardias nacionales que se encontraban de servicio en las Tullerías. Luis XVIII dió al recién nacido el título de duque de Burdeos y el cuerpo diplomático el de *Hijo de la Europa*, mas no

todos los miembros de la familia real acogieron con entusiasmo el nacimiento de un príncipe que les apartaba del trono, atribuyéndose al efecto una protesta del duque de Orleans, publicada bajo su nombre en los periódicos de Lóndres, contra los derechos de un príncipe á quien algunos consideraban como supuesto.»

Los realistas vieron en aquel nacimiento una garantía de su sistema, pues ya no era de temer tan fácilmente la extincion de la raza primogénita de los Borbones de Francia, y así por los excesos condenables de las sociedades secretas y de los revolucionarios como por las esperanzas de los monárquicos, el realismo ganaba terreno, y el duque de Richelieu creyó necesario darle una especie de satisfaccion llamando á sus jefes al poder antes de abrirse la legislatura del 19 de diciembre: por eso Villele, Corbiere y Lainé fueron nombrados ministros que dieron mayoría absoluta al gabinete contra los liberales. Por mas que Luis en su discurso de la corona protestó y repitió que á toda costá queria el cumplimiento y sosten de la Carta, el partido revolucionario se encontró aislado y fuera de todas las esferas del gobierno, que tendia á la reaccion de una manera marcadísima. La legislatura de 1821 no fué mas que una lucha insignificante entre los realistas exaltados y los moderados, en tanto que el partido liberal comprendiendo su impotencia en las cámaras se agitaba en todos sentidos para aumentar su influencia en el país. Mas vano empeño; la reaccion representada por los soberanos de la Santa Alianza, parecia empeñada en desplegar mas y mas energía en vista de los extravíos de los partidos avanzados de varios países de Europa, y no ocultaba su designio de reprimir toda tendencia revolucionaria donde quiera que se manifestase.





CAPÍTULO III.

1. Conato de regicidio contra Luis XVIII.— 2. La Santa Alianza decide reprimir el espíritu liberal.— 3. Revolucion de Grecia.— 4. Disidencias en las cámaras francesas.— 5. La muerte de Napoleon I afirma el trono de los Borbones.— 6. Legislatura de 1822.— 7. Cambio de ministerio.— 8. Conjuracion de Befort.— 9. Represion contra la imprenta y turbulencias en las elecciones.— 10. Prepárase la guerra contra España.— 11. Revolucion española é intervencion de Francia por encargo de la Santa Alianza.— 12. Polémicas sobre la guerra de España.— 13. Invasion de los cien mil hijos de San Luis en nuestra peninsula.— 14. Estado de Francia despues de la guerra española.— 15. Derrota del ministerio y destitucion de Chateaubriand.— 16. Últimos momentos de Luis XVIII.— 17. Su muerte.

1.—Distintos hechos aislados y que por tanto revelaban falta de un plan organizado, demostraban que la conspiracion contra el gobierno no cejaba. Entre ellos se ha de notar

pero solo causó algunas pérdidas materiales, porque Luis se hallaba á la sazón fuera de su gabinete. Como no pudo dudarse, si bien se ignoró quien fuese el autor, que el atentado



CUVIER.

el que se atribuye á la mano de un bonapartista, el conato de regicidio que se efectuó colocando un barril de pólvora bajo una escalera inmediata al gabinete del rey. El día 27, á las cinco de la tarde, ocurrió la esplosion,

era dirigido á la vida del rey, las cámaras le enviaron comisiones á felicitarle á la vez que manifestarle la indignacion que habia inspirado la tentativa mencionada. Y no fué eso todo, sino que de ahí se sacó pretexto para

escitar al soberano á dejar por completo el sistema de la Carta. Mas Luis, no consideró prudente arriesgarse á tanto y se empeñó en acatarla y hacerla cumplir. El duque de Richelieu seguía siendo su intermediario con el emperador de Rusia, que se hallaba entonces dispuesto á dar una constitucion á su pueblo, siendo por lo mismo de su agrado que Francia fuese regida por la Carta; mas al ver los progresos que la revolucion hacia en Europa, cambió de conducta Alejandro, y se mostró mas dispuesto que nunca á sofocar toda tendencia liberal. La tentativa de regicidio contra Luis acabó de afirmarle mas en su sistema represivo, y desde aquel momento Metternich fué el verdadero árbitro de la Santa Alianza. Metternich y el Czar fueron los primeros en proponer en el Congreso de Troppau el empleo de la fuerza contra la revolucion de Nápoles, y si bien se habló de reprimir con las armas la revolucion en España y Portugal, se resolvió que la posicion geográfica de nuestra península no hacia tan necesaria la represion inmediata, consignándose ya entonces que Francia era la nacion que habia de tomar á su cargo el restablecimiento en España del sistema admitido por la Santa Alianza.

2.—Á todo eso la Inglaterra se mantenía absolutamente neutral, y sin ninguna oposicion permitió que el Austria se encargara en seguida de reponer á Fernando VI en su reino de las dos Sicilias. El dia 8 de febrero de 1821 sesenta mil austriacos, á las órdenes del baron de Frimont, pasaron el Po y marcharon á Nápoles por tres distintos caminos. A principios del mismo año se habian abierto nuevas conferencias en Laybac, á las que asistieron los emperadores de Austria y Rusia y el rey de Prusia; la Francia y otras potencias secundarias se hallaban representadas por sus ministros plenipotenciarios; y mientras en la capital de Iliria se conspiraba contra la libertad europea y se hacia abjurar al rey de Nápoles la promesa que hiciera de conservar la constitucion copia de la española y admitia la intervencion de los aliados, los sesenta mil austriacos avanzaban por el territorio napoli-

tano y entraban en su capital el dia 23 de marzo, restableciendo, sin pérdida de momento, el gobierno absoluto. Estalla entonces una revolucion en el Piamonte que es igualmente sofocada, merced al apoyo de las tropas austriacas. Trabóse la lucha, y los piamonteses escitados por Santa Rosa á la resistencia, esperaban que las sociedades secretas de Francia acudirian en su auxilio de un momento á otro. Los austriacos atacan en número de ocho mil hombres y son rechazados; pero luego con nuevos refuerzos que se les unen, empeñan de nuevo la batalla, el 2 de abril, á una legua de Novara donde se habian retirado la primera vez, y vencen al ejército constitucional y á los paisanos que se habian lanzado á la defensa de la libertad; los jefes de la revolucion sarda y especialmente Santa Rosa, huyen perseguidos logrando refugiarse en Suiza, y el rey Carlos Félix toma posesion de su capital defendido por diez y ocho mil austriacos, que á peticion del nuevo soberano (1) Carlos, penetran con él en Turin.

3.—Las sociedades secretas de Francia no se dieron prisa en secundar el movimiento italiano, y cuando hubieron organizado la insurreccion que distrajera á los aliados, ya estos habian subyugado Nápoles y el Piamonte. Solamente estallaron algunos desórdenes sin plan en Grenoble, desórdenes que la energía desplegada por las autoridades francesas desconcertó por completo. Esa mal fraguada tentativa fué la única que se permitieron por entonces las sociedades secretas de Francia, quienes soñando en revoluciones y constituciones en todos los países inmediatos, tenían entonces los ojos fijos en Grecia, donde el príncipe Alejandro Ipsilanti habia llamado á las armas á sus compatriotas para emanciparse del yugo bajo que los turcos les tenían. Tambien esta revolucion habia sido promovida por los carbonarios, y principalmente por los heteristas que desde muchos años preparaban la emancipacion de los griegos. El dia 6 de marzo, los turcos fueron asesinados en toda la Moldavia y la Valaquia, y á dicha

(1) Su hermano abdicó en su favor al estallar la revolucion.

señal las provincias griegas se sublevaron una tras otra contra la tiranía de los turcos.

Los trastornos producidos por la Francia en Europa daban aquellos resultados; los gobiernos del antiguo continente parecían desquiciados, los pueblos exaltados suspiraban por doquiera por la libertad, y los soberanos se habían empeñado en aniquilar aquel espíritu moderno que precisamente había de nacer de las ideas y teorías políticas y sociales que habían originado los mencionados trastornos. Declaróse el Czar contra Ipsilanti, y no podía esperarse otra cosa, dada la actitud tomada por los caudillos de la Santa Alianza. Conmuévense los musulmanes al saber las mantanzas de Moldavia y Valaquia, é insiguiendo la execranda ley de represalias, se cometen en Constantinopla horribles asesinatos contra los helenos. Escítase la indignación, y no obstante la oposición del Czar, Ipsilanti proclama la guerra santa; el clero predica una nueva cruzada contra los turcos, y los griegos todos empuñan un arma para vengar sus agravios y proclamar la independencia. Toda la cristiandad se interesa por aquella guerra y sigue con ansiedad las peripecias, maravillándose de los hechos de armas gloriosos de los griegos y de sus sublimes sacrificios, y de todas las naciones cristianas van experimentados oficiales á defender la justa causa de la Grecia, á la par que se le envían armas y dinero.

4.—Mientras ocurrían estos notorios sucesos, la cámara de diputados francesa se hallaba entregada á intestinas divisiones, á debates personales que ninguna trascendencia tenían fuera del ministerio. Honda división había en el ministerio, puesto que si los ultra realistas Villele y Corbiere parecían no oponerse abiertamente á los proyectos del gabinete, encargaban á sus amigos que lo combatiesen en todo aquello que correspondiese á los propósitos de mantener la Carta y dejar alguna libertad á la nación. Los ministros, pues, á pesar de las mútuas deferencias que parecían guardarse, hacíanse entre sí, una guerra tan traidora como implacable. El du-

que Richelieu que derribara á Decazes por demasiado liberal, se hallaba ahora combatido por los ultra realistas quienes, secundados por el conde de Artois y su partido, fomentado por las tendencias de la Santa Alianza, se vieron luego bastante poderosos para doblegar la autoridad del Rey ante sus escesivas exigencias absolutistas, y Luis, debilitado por la edad y los achaques, abandonaba su ordinaria firmeza, mostrándose menos constante en sus ideas constitucionales.

Comenzó, pues, Luis XVIII por hacer concesiones al partido clerical que tenía su principal punto de apoyo en el pabellon Marsan, y el concordato de 1817 fué reconocido y sancionado. La mayoría del ministerio atacada y hostigada sin cesar por los realistas exaltados, no podía esperar prolongada existencia.

Por otra parte, Richelieu y los suyos se hallaban muchas veces en la cámara, por cuanto la izquierda y centro izquierdo solo les defendían cuando se trataba de afirmar alguna libertad; fuera de esto, casi todas sus proposiciones eran desechadas porque nadie ó muy pocos las apoyaban; y en aquella lucha de dos partidos rivales que procuraban el uno escalar el poder y mantenerse los otros en él, la corrupción aumentó considerablemente; los unos escuchaban promesas para una época que creían cercana, los otros admitían mercedes y empleos, y cada partido procuraba adquirir mayoría comprando la conciencia de los diputados. «Todo ha terminado, decía el general Donadieu, para un país; todo ha terminado para los hombres cuando no llegan á ver mas valor que el del dinero.» Sin embargo, el reinado de la corrupción política en Francia no se hallaba mas que en su principio.

5.—En tanto que la legislatura se arrastraba á través de mil intrigas, demorando la discusión del presupuesto que se elevaba á ochocientos ochenta y dos millones trescientos veinte y siete mil trescientos setenta y cuatro francos, se difundió por toda la Francia la noticia de la agonía y muerte de Napoleón. Aquel hombre exhalaba su último

suspiro á la edad de cincuenta y un años; su muerte infundió nuevos alientos al partido reaccionario, no haciendo ningun caso de las palabras proféticas que aquel mártir de su ambicion profiriera en sus últimos dias, período de lucidez que enaltece su genio mas que todos sus memorables hechos de armas. «Despues de mí, habia dicho, la revolucion, ó mejor las ideas que la produjeron, volverán á tomar su curso, y si manos firmes y entendidas no abren al torrente un cauce profundo, él mismo se lo abrirá á través de las ruinas mas deplorables.» No obstante esas proféticas amenazas, los absolutistas seguian anhelando vivamente el triunfo de su sistema despótico. «La monarquía, repetia otras veces, llorará por todas partes mi brazo; la aurora de las revoluciones aparecerá otra vez en Europa.» Y no obstante, repetimos, los absolutistas estaban de enhorabuena porque veian cada dia mas próximo su triunfo.

Además, la muerte de Bonaparte afirmó el trono de los Borbones en el preciso momento en que Luis XVIII agonizaba en medio de los dolores de la gota y de una enfermedad escrofulosa. El rey de Francia no tenia ya fuerza ni voluntad para negarse á las súplicas de su hermano, y en consecuencia invitó al duque de Richelieu á inclinarse ante las circunstancias, haciendo nuevas concesiones á los jefes de la oposicion realista que «eran los únicos capaces de ayudarle á defender la Carta contra los conspiradores que habian minado en todos sentidos la monarquía constitucional.» Mas, comprendiendo el duque que Villele y Corbiere se proponian cambiar de sistema en la política exterior, no quiso ponerse de acuerdo con tan imperiosa y agresiva ambicion de los absolutistas que aumentaba á medida que se la satisfacía, y obligó á Villele y su compañero á presentar la dimision.

6.—Á pesar de sus atroces padecimientos, el Rey en un momento de mejoría abrió en persona la nueva legislatura el dia 5 de noviembre, pronunciando un discurso que solo contenia frases vagas acerca del estado de Europa y de la próspera situacion de Fran-

cia. La contestacion que habia de darse al discurso de la corona fué tomada como pretesto para herir de muerte al ministerio. Los dos mencionados jefes de la derecha, que contaban con gran mayoría, no fueron los autores de tal discurso, pero cuando menos lo inspiraron de modo que fuese aprobado por ambos lados de la cámara. «Nos felicitamos, señor, se decia en él, por las amistosas relaciones que os unen con las potencias extranjeras, abrigando la justa confianza de que una paz tan preciosa no ha sido comprada á costa de sacrificios incompatibles con el honor y la dignidad de la corona.» Semejante lenguaje que provocó el enérgico asentimiento de la izquierda por creer que con ella se censuraba la indiferencia de Francia respecto de los acontecimientos de Nápoles y Turin, exaltó á la derecha que veia en ella la caida del ministerio desde el momento en que la izquierda se empeñaba en sostenerla. Despues de quince dias de divagaciones y enredados debates, fué aprobada la contestacion y derrotado el ministerio por ciento setenta y seis votos contra noventa y ocho. Indignado el Rey por aquella coalicion que no vacilaba en llevar los ultrajes hasta su persona á trueque de triunfar, estuvo por un momento tentado de disolver la cámara y declararse en favor del ministerio: negóse á recibir la comision que le llevaba el insolente mensaje; se espresó en términos duros contra los ultras que habiendo obtenido mayoría con la nueva eleccion, no vacilaban en atacar á su ministerio en detrimento de la autoridad y decoro de la corona, con tal de triunfar; pero el duque de Richelieu le hizo comprender los peligros de la disolucion y le aconsejó disimular su enojo, esperando que podria conjurar la tormenta que se agitaba sobre las cabezas del ministerio.

Sin embargo, la confianza que Richelieu tenia de que seria considerado indispensable, quedó pronto frustrada; no quiso Villele renunciar á la victoria que le habia valido el empleo de una intriga indigna, y apoyado como estaba por el partido clerical y el de la

corte ó del conde Artois, ambos activos y sagaces, ambos poderosos en derredor de un rey moribundo, fué recomendado á Luis XVIII por el único capaz de vencer la resistencia de la cámara de diputados. No accedia aun Luis, mas entonces se puso en juego la influencia de su favorita la condesa de Cayla, y el Rey puso en manos de los ultra realistas el gobierno, con la condicion de que respetasen la Carta. Richelieu acabó de perder la partida ante la cámara de diputados; la izquierda se habia nuevamente coligado con la derecha

contra revolucionario, mas no se atrevió á proclamarse defensor de las libertades constitucionales que Luis mismo parecia mirar con indiferencia, y cinco meses despues la muerte le libró de tan embarazosa situacion (17 de mayo de 1822). El Rey, enfermo y dominado por la condesa de Cayla, abandonaba á sus ministros el cuidado de gobernar, y veia inquietarse los progresos del clericalismo, que si habia tenido por pretexto y origen la reunion de algunos seglares y eclesiásticos con el nombre de la congregacion para defender



AMPERE.

para defender la libertad de imprenta, y el duque no tardó en saber con indignacion que se hallaba ya nombrado otro gabinete, sin ni siquiera habersele dado la menor noticia.

7.—Natural era que el nuevo ministerio emprendiese otro sistema, y en efecto, á la caida de Richelieu se nombraron los principales empleados de entre las filas de los absolutistas exaltados en sustitucion de los moderados que el anterior primer ministro colocara. El duque tenia el sentimiento de ver que bajo su nombre y responsabilidad Villele gobernaba la Francia y al Rey en sentido

la religion católica, ya entonces lo habia invadido todo, ejército, empleados y gobierno, no tomándose acuerdo político sin que los hombres de Estado acudiesen á pedir consejo á la congregacion que parecia erigida en concilio político permanente.

8.—A la par de aquella especie de conspiracion contra la libertad tramábase otra mas poderosa y enérgica, la de los carbonarios franceses, que contaban con el apoyo de los sectarios ó asociados de los otros países de Europa. El triste desenlace de las revoluciones de Nápoles, Sicilia y Piamonte, no habia

desmayado á la entusiasta juventud liberal acaudillada por Lafayette y su hijo, Dupont del Eure, Manuel, y otros. La conspiracion de los liberales se fundaba en distintas consideraciones mas especiosas que justas; todos los caudillos de la conspiracion estaban acordes en considerar el gobierno de los Borbones incompatible con la voluntad nacional; mas unos condenaban á Luis por haber violado la Carta, otros le acusaban de alta traicion por haber entregado el país á la Santa Alianza, estos no le perdonaban el ser cómplice de la reaccion europea, aquellos creian prudente anticiparse á destruir los medios que se proponia emplear para cumplir sus malos desig- nios, y todos en fin deseaban la caida del go- bierno. Mas como sucede en tales casos, si todos los revolucionarios convenian en que habian de destruir el sistema dominante, no habia medio de entenderse para acordar lo que debia sustituirle, pues cada uno queria instituir el gobierno que satisfacía su credo politico: constituian el grupo revolucionario tres distintos partidos; el de Napoleon II, el del duque de Orleans y el de la república. Algunos jóvenes de los miembros de la *venta* suprema, imbuidos de los principios clásicos de la antigua Grecia y Roma, soñaban con la república de Licurgo y de Caton. En cuanto á la república del 93 pocos estaban por ella. La mayor parte de los republicanos se propo- nian por modelo las instituciones políticas de los Estados-Unidos de América. Á últimos de aquel año 1822 el ejército del carbonarismo francés se elevaba á mas de sesenta mil jura- mentados para empuñar las armas: las prin- cipales ciudades de Francia tenian su centro ó foco de insurreccion; no faltaban armas, municiones ni dinero, y los conspiradores se hallaban impacientes por hacer triunfar su causa, sin saber, no obstante, los resultados que podian prometerse de la proyectada re- volucion. En tanto mas podian organizarse, en cuanto la policia de un gobierno débil, impopular y minado por intestinas divisio- nes, no podia con mano enérgica y prudentes medidas desbaratar los planes de los que, se-

cundados por el pueblo y hasta por la misma policia, conspiraban con alguna seguridad. Por otra parte, la policia, entregada á la vi- gilancia de los periódicos y de los impresos clandestinos contra el gobierno, de los libros, de los grabados y otros emblemas sediciosos, parecia no ver la inmensa conspiracion que germinaba por todas partes. No obstante, ha- bíanla advertido hacia mucho tiempo algunas delaciones incompletas, notas bastante oscu- ras acerca de la conspiracion, y habia empe- zado á mostrarse algo prevenida cuando supo que la trama general habia de estallar en Be- fort, Saumur y Marsella el dia 1.º de enero de 1822.

«La autoridad se hallaba preparada para la defensa, y en Saumur y Marsella logró apo- derarse de los principales jefes antes de haber estallado la insurreccion. Los conspiradores contaban con dar en Befort un golpe rudo creyéndose seguros de una gran parte de la guarnicion; una vez la ciudad en poder de los conjurados, la Alsacia entera habia de su- blevantarse contra un gobierno que jamás habia tenido las simpatias de aquella provincia be- licosa. Estaban tan bien tomadas las medidas, parecia el triunfo tan seguro, que el general Lafayette resolvió, á pesar de los consejos de sus amigos, marchar en persona á Befort para ponerse al frente de la revolucion; algunos jóvenes y entusiastas republicanos se antici- paron al general á fin de ser los primeros en llegar á la plaza; su entusiasmo y confianza les hicieron cometer mil indiscreciones du- rante el camino, de modo que á su llegada á Befort el telégrafo habia revelado todos sus proyectos. El 31 de diciembre acudieron to- dos á media noche al lugar señalado, pero en seguida se hallaron rodeados de tropas que redujeron á prision á la mayor parte de los conspiradores, despues de algunos gritos sin eco y de algunos disparos que apenas causa- ron daño.

«La frustrada tentativa de Befort no desalen- tó al carbonarismo en su propaganda francma- sónica, y la junta directiva envió emisarios al Este y al Oeste con plenos poderes y mucho

dinero para preparar y dirigir la insurreccion. El dia 24 de febrero da el general Bertol el grito de rebelion en Thouars al frente de un centenar de hombres armados; se dirige con ellos á Saumur, cuya cooperacion se esperaba, mas al llegar la pequeña columna junto á sus puertas tuvo que dispersarse en vista de la indiferencia de las poblaciones que habian atravesado y de la actitud hostil con que les recibió la plaza. Bertol y los que le secundaban tuvieron que esconderse ó huir de Francia. Poco despues supo el gobierno que la insurreccion intentaba reaparecer en Estrasburgo, donde una parte de la guarnicion debia apoderarse de la ciudadela y proclamar á Napoleon II; pero las enérgicas medidas que aquel tomó hizo abortar aquella intentona de la misma manera que las anteriores.»

9.—De nada sirvió aquella fermentacion para que el gobierno atajara el mal de que se veia amenazado. Confiados los absolutistas en su poder, y enemigos de toda reforma en sentido liberal, se obstinaron en agravar contra sí la opinion en vez de satisfacerla, y no pidieron á las cámaras mas que mayor repression contra la imprenta, á la cual acusaban de única fomentadora de la insurreccion. La mayoría de diputados cambió repentinamente de conducta y lenguaje cesando de defender á la imprenta y trocándose en su mas encarnizado enemigo. So pretexto de reglamentar la ley de imprenta, se aumentaban las penas en que podian incurrir los periodistas y escritores, se les amenazaba con crecidas multas, dábase á las cámaras el derecho de citarlos á comparecer ante ellas, suscitábase toda clase de obstáculos á sus publicaciones y se los privaba, en fin, del derecho del jurado. En vano se opusieron algunos oradores de la izquierda: al proyecto de ley contra la imprenta le cupo igual suerte que en la cámara de los pares, donde fue aprobado en ausencia del abogado de la libertad de escribir, el vizconde de Chateaubriand. Llovieron desde aquel momento las causas sobre los periodistas, no pocos fueron encarcelados y un buen número de editores pagaron con su ruina una frase ó una pa-

labra que á la congregacion se le antojó impía ó revolucionaria.

Inmediatamente despues de votada aquella ley y admitidos los presupuestos de gastos que ascendian á nuevecientos millones de francos, cerróse la legislatura (1.º de mayo), procediéndose sin pérdida de tiempo á la renovacion de la quinta parte de diputados, y durante aquel interregno la Francia pudo seguir con alguna atencion el impulso que en distintas naciones tomaba el espíritu liberal. La Grecia seguia luchando por conquistar su independencia: los españoles se disponian á deramar su sangre en defensa de su constitucion; encendiase de nuevo en Inglaterra la contienda entre los wighs y los torys, el Austria y la Rusia se habian visto precisadas á convocar un congreso en Viena para publicar en él las resoluciones de la Santa Alianza, en vista de la agitacion general de los partidos avanzados de Europa; y el espectáculo de la lucha de los dos principios irreconciliables, el absolutismo y la libertad, tenia absorta é inquieta á la Francia, sin hacerla, no obstante, indiferente á sus propios intereses, sufriendos y porvenir. Las elecciones se señalaron por algunas turbulencias, especialmente en Lion, donde fué precisa la intervencion de la fuerza armada.

10.—Sin embargo, el ministerio sacó otra vez mayoría de la cámara cuyo primer acto habia de ser la votacion de créditos extraordinarios para atender á la guerra contra España; pues si bien el gobierno asegura mas y mas que nada intenta contra las cortes que habian hecho jurar la constitucion á Fernando, en principio la guerra estaba resuelta conforme lo habia ordenado la Santa Alianza. So pretexto del cordon sanitario con motivo de la peste de Barcelona, el gobierno francés aglomeraba allende el Pirineo un ejército dispuesto á pasar la frontera española á la primera señal de marcha; los periódicos oposicionistas, haciéndose eco de los constitucionales españoles, hacia muchos meses que venian revelando el destino de aquel ejército acampado en la falda septentrional de los Pirineos, á lo

cual contestaba el *Monitor* protestando el respeto que Luis XVIII abrigaba en lo concerniente á la neutralidad. Proceder indigno es este que el mismo Luis seguía y fomentaba. Al abrirse las cámaras francesas (4 de junio de 1823) Luis XVIII no se sonrojó al afirmar que «solo la maledicencia podía encontrar en las medidas tomadas un pretexto para desnaturalizarlas.» «Perfecto acuerdo, añadía en lenguaje ambiguo el discurso de la corona, ha dirigido los esfuerzos combinados sin cesar entre mis aliados y yo, á fin de poner tér-

fuera de los presupuestos ó créditos que el gobierno necesitaba para la guerra, representando los últimos un capital de doscientos treinta millones de francos. De entonces data la funesta influencia de los bolsistas y mercaderes en los negocios públicos, «y aunque el reinado de la gente del Debe y Haber, se hallaba todavía en su principio, las costumbres se corrompian con espantosa rapidez al sopló de la codicia.»

Cambióse de pronto el *cordón* de los Pirineos en ejército de observación (22 de setiem-



BIOT.

mino á las calamidades que pesan sobre el Oriente y afligen á la humanidad; abrigo la esperanza de que en breve renacerá el sosiego en aquellas comarcas, sin que aumente sus calamidades una nueva guerra.»

En aquel mismo momento exterminaban los turcos á los habitantes de la isla de Chio, vendían á treinta y cinco mil esclavos cristianos en el mercado de Esmirna y pasaban á cuchillo á cuantos la edad ó los achaques hacían inútiles para el intolerable tráfico que proveía los serrallos turcos. Y á pesar de ello nada se habló en aquella corta legislatura,

bre), y un decreto promulgado dos meses después llamó á las armas cuarenta mil soldados. Se acababa de arrojar la máscara... la Francia obedecía las órdenes de la Santa Alianza, y con una docilidad indigna de toda nación punzonosa se lanzaba contra la España azotada por agitaciones y divisiones políticas. Los carbonarios franceses nada intentaron para hacer una diversion de las tropas francesas que favoreciera la causa constitucional de España; antes al contrario, se cansaron de ser carbonarios, y como si hubiese sido cosa pasada de moda, se apresuraron á desorganizar las ven-

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Este libro es el resultado de una labor de investigación y de una gran actividad de espíritu. El autor ha recorrido toda España, ha visitado todos los puntos importantes de su geografía, ha estudiado sus riquezas naturales, sus monumentos artísticos, sus costumbres y sus tradiciones. Este libro es el resultado de una labor de investigación y de una gran actividad de espíritu. El autor ha recorrido toda España, ha visitado todos los puntos importantes de su geografía, ha estudiado sus riquezas naturales, sus monumentos artísticos, sus costumbres y sus tradiciones.

UNIVERS PROSPECTO.

Este libro es el resultado de una labor de investigación y de una gran actividad de espíritu. El autor ha recorrido toda España, ha visitado todos los puntos importantes de su geografía, ha estudiado sus riquezas naturales, sus monumentos artísticos, sus costumbres y sus tradiciones. Este libro es el resultado de una labor de investigación y de una gran actividad de espíritu. El autor ha recorrido toda España, ha visitado todos los puntos importantes de su geografía, ha estudiado sus riquezas naturales, sus monumentos artísticos, sus costumbres y sus tradiciones.

EN LA BIBLIOTECA DE LA INSTITUCION.

Este libro es el resultado de una labor de investigación y de una gran actividad de espíritu. El autor ha recorrido toda España, ha visitado todos los puntos importantes de su geografía, ha estudiado sus riquezas naturales, sus monumentos artísticos, sus costumbres y sus tradiciones. Este libro es el resultado de una labor de investigación y de una gran actividad de espíritu. El autor ha recorrido toda España, ha visitado todos los puntos importantes de su geografía, ha estudiado sus riquezas naturales, sus monumentos artísticos, sus costumbres y sus tradiciones.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, producción, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

TERCER PROSPECTO.

Nuestro viaje está recorriendo su tercera etapa.

Después de haber visitado siete provincias, hemos llegado á la de Barcelona, y nuestro trabajo encuentra en esta localidad un campo mas vasto en que poder desarrollarse.

Historia, artes, ciencias, industria, comercio, todo parece haberse reunido en Barcelona para dar mas importancia á esta region de España, que si grandes recuerdos encierra en su pasado, no menos preclaros timbres ha llegado á obtener en los presentes.

Ardua fue la tarea que nos impusimos al dar comienzo á nuestra publicacion, graves dificultades nos salen á cada momento al paso, dificultades que hemos conseguido ir venciendo, habiendo llenado nuestro cometido, si no con la perfeccion que hubiésemos deseado, al menos hasta donde nuestra humilde inteligencia ha podido alcanzar.

Barcelona, como ya hemos dicho, nos ofrece un campo mas dilatado; las dos épocas que nos presenta, la pasada y la presente; el trabajo de la inteligencia y el trabajo de la política; los hombres que dieron importancia por medio de las armas, de los tratados y de las conquistas á la antigua corona de Aragon, y los hombres que á fuerza de perseverancia, de laboriosidad y de energía han sabido nivelar su industria con las mas importantes del extranjero, concurrendo con su óbolo á la ereccion de ese gran monumento que la civilizacion moderna está construyendo, ofrecen mucho á los ojos del viajero y mucho tambien á la pluma del historiador.

El pasado y el presente de Barcelona serán visitados por nosotros con la misma escrupulosidad que lo han sido las anteriores provincias. La misma marcha que en estas hemos seguido, la continuaremos en la que hoy damos comienzo, y tan ameno como ha sido el viaje por aquellas, tan recreativo procuraremos que sea en esta.

Sus monumentos, sus recuerdos, sus tradiciones, han de darnos esfera amplia para desarrollar esos cuadros de entretenimiento y solaz; y su industria, ese poderoso elemento de riqueza creado y sostenido por la constancia y el esfuerzo de los hijos de Cataluña, será tratado por nosotros con la delicadeza y el esmero que tanto merece.

Enemigos de elogiar nuestros trabajos, preferimos demostrar á prometer, y como precisamente hay ya publicados dos tomos en los que se hallan condensadas nuestras observaciones por siete distintas provincias, á ellos solamente dejamos el elogio ó la censura, respecto á la realizacion de nuestras primeras ofertas.

En ellos, que contienen el primero, las provincias de Guadalajara, Cuenca, Soria y Zaragoza; y el segundo, las de Huesca, Lérida, Gerona y la república de Andorra, puede verse, no solamente el trabajo de los viajeros y el estudio hecho en aquellas localidades, sí que tambien la parte material de la publicacion que ni por el papel empleado en ella, ni por la cantidad de lectura, ni por la multitud de grabados que la ilustran, guarda proporcion con lo exiguo de su precio.

Y ya que de los grabados hablamos, debemos llamar respecto á ellos la atencion de nuestros lectores, tanto porque en su mayor parte están tomados del natural, cuanto porque existen muchos tambien que no se han visto en ninguna de las obras que se han publicado referentes á esta provincia.

Encomendadas á los mejores artistas, obran ya en nuestro poder la mayor parte, entre los que debemos hacer especial mencion de los de las torres y absides de la Catedral y Santa Maria del Mar, varios interiores de la Catedral, vistas de distintos puntos, máquinas industriales y otros que fuera prolijo enumerar.

BASES DE LA PUBLICACION.

Esta obra se publica por entregas de 8 páginas en 4.º mayor, de excelente papel y elegantes caracteres, con grabados intercalados en el texto. El precio de cada entrega es el de *medio real en toda España*, repartiéndose cuatro semanales.—Atendido á que ha terminado la publicacion de los dos primeros tomos, los señores que deseen adquirir la obra pueden hacerlo bien de una vez, bien por cuadernos semanales, recibiendo uno ó mas, segun su voluntad, siéndoles servido con la puntualidad que tiene acreditada esta casa editorial, admitiéndose tambien suscripciones á tomos determinados, de los publicados ya.